

# INFLUENCIA DE MEJICO EN ESPAÑA (\*)

POR

GREGORIO MARAÑÓN

Saludo con efusión cordial a los queridos estudiantes que me han invitado para dirigir la palabra a sus compatriotas que aprenden aquí, además de lo que aprendan en las aulas, a conocer, y nos hacemos la ilusión de que también a amar, a sus hermanos de raza, los españoles.

No tengo que encarecer mi cariño hacia ellos y hacia Méjico, porque lo demuestra mi presencia aquí. El amor nos ciega, y a mí esta ceguera me ha hecho aceptar alegremente vuestra invitación, cuyo cumplimiento adecuado, dentro de mi modestia, hubiera exigido, para madurar, un tiempo y un esfuerzo mucho mayores de los que han mediado entre la fecha de mi aceptación y la de verme aquí, entre vosotros.

Pero como todo en el mundo tiene su sentido, hasta lo que más absurdo parece, lo que hubieran ganado estas palabras mías en contenido, se verá compensado hoy por la brevedad. Y aprovecho la ocasión de verme entre vosotros, ante los que puedo actuar de maestro por los años que a vosotros y a mí nos separan, para hacer, una vez más, el elogio de la brevedad.

## LA REVOLUCIÓN DEL TIEMPO

Yo creo que, si hay algo que caracterice fundamentalmente a los tiempos nuevos, ese algo es la necesidad y el goce de ahorrar las palabras. Por de pronto, ahorrar las palabras tiene un significado evidente, y es que es lo único que podemos ahorrar en los días que corren. Pero, aparte de ello, es, como he dicho, una necesidad y un goce, una fruición.

Reparemos en que la vida de hoy ha recortado inexorablemente la extensión de muchas cosas que parecían fundamentales. Pero, sobre todo, la del tiempo que empleamos para trasladarnos de una

---

(\*) Conferencia leída por el doctor Marañón, el 14 de diciembre de 1955, en el Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe, de Madrid, con ocasión de la Semana Mejicana.

parte a otra, y la del tiempo que antes teníamos que inmolar al dolor físico. Estas dos abreviaturas tienen el sentido profundo de que son los medios decisivos para lograr el ideal de la vida nueva, que es, paradójicamente, alargarla.

Nuestra vida se ha dilatado, en efecto, no porque se viva un número de años medio más numeroso que el que vivían nuestros abuelos, sino porque el contenido eficaz de cada jornada se multiplica en cada hombre de hoy, con relación al hombre antiguo, gracias a que se han acertado inverosímilmente las horas que se perdían en moverse y las que se inutilizaban por la enfermedad. La Humanidad no se da cuenta de que el cambio más radical de la existencia de hoy depende de estas dos circunstancias, y no nos damos cuenta porque las vivimos con una naturalidad que no nos deja imaginar lo que era la vida nuestra todavía en la primera mitad del siglo XIX. Ninguna de las causas que manejan los sociólogos y los políticos para explicar el radical cambio de la vida moderna y sus trastornos pueden compararse, en capacidad revolucionaria, a los dos hechos citados, nacidos de la mecánica y de la biología.

#### LA REVOLUCIÓN EN LA LITERATURA Y EL DIÁLOGO

Este sentido abreviador de las formas y de los hábitos del vivir, para dar mayor capacidad dinámica a la vida, ha alcanzado también a la palabra. Los poetas ya no escriben poemas dilatados; y yo no me quejo de ello. El renacimiento del soneto se debe a que es la estructura más breve de lo que quiere ser un poema, aunque también la más propicia a la industrialización de la poesía. Las novelas largas, en dos o tres tomos, como las de Dostoyevski, o Balzac, o Galdós, no tienen ya realidad editorial, y han quedado reducidas a ciertos países, como los Estados Unidos, donde hay millones de individuos que tardan una hora o más cada mañana para trasladarse de su casa a la fábrica o a la oficina, y se alivian de los viajes cotidianos con un novelón cuya extensión podría medirse, no por sus páginas, sino por los kilómetros de lectura. Igualmente, en los libros de ciencia: al gran tratado ha sucedido el compendio, el manual o, por paradoja, la enciclopedia, que es un libro vastísimo, compuesto para no leer cada vez más que una sola página. Esta es la definición que oí a Bergson de las enciclopedias, a las que tenía mucha devoción, y la declaraba sin las hipócritas excusas que suelen hacer los pedantes cuando se los sorprende hojeando el Espasa.

La necesidad de la concisión ha alcanzado hasta las dos formas más elementales e íntimas del lenguaje: las cartas y la conversación. Uno de los géneros literarios más bellos, la epístola, ha desaparecido, estrangulado por el telégrafo, el teléfono y las cartas dictadas y mecanografiadas, necesariamente escuetas y frías. Un último gesto de la civilización occidental es el de las personas que, en Europa, todavía se ofenden, si se les escribe a máquina una carta íntima. Los diarios han dicho, hace poco, que una señorita de una provincia francesa ha roto con un pretendiente apuesto y opulento, norteamericano, porque le escribió a máquina una carta de amor. Esta señorita es una vestal de la buena tradición clásica, y merecía un homenaje de los humanistas que aún quedan en el mundo.

En cuanto a la conversación, su decadencia se marca por la desaparición de una costumbre admirable de los tiempos viejos, la tertulia, en la que el hablar era no un medio, sino un fin; la tertulia, en la que se cazaban ideas o, como decía Unamuno, se encendían, se creaban y se depuraban, probando su vitalidad antes de escribirlas. El café con tertulia era el campo de experimentación, hasta hace pocos años, de los ingenios españoles, incluyendo a la figura científica más alta que hemos tenido, a don Santiago Ramón y Cajal.

#### NOSTALGIA DE LOS TIEMPOS VIEJOS

Yo no puedo asegurar que todo esto sea bueno. Pero es ingenuo lamentarse de lo que no tiene remedio. Generalmente solemos confundir la bondad de las cosas con las cosas que nos gustan; y el que los hombres de mi tiempo consideremos con nostalgia la desaparición de la correspondencia y de las tertulias de café no quiere decir que no sea mejor lo que ha venido después. Por encima de todo, debemos tener una fe religiosa en el progreso del mundo, que, por ser obra de Dios, es susceptible de ilimitadas perfecciones.

También vemos muchos con tristeza el que los viajes lentos hayan desaparecido, y con ellos, la maravillosa expectación del "llegar", que era la aventura suprema del viaje y ahora ya no existe; porque se llega a todas partes con exactitud, y la exactitud es el antídoto de la aventura. Y, finalmente, a los que tenemos todavía resabios de la moral ascética, nos alarma la desaparición del dolor, que con tanto afán y tanta eficacia procuramos los

médicos. El sufrimiento traumático, el de las caídas y los choques, que pronto será el único que quede a los humanos, no tiene la entrañable, la profunda y larga raíz de los dolores espontáneos, los producidos por la desventura o la enfermedad. Ni la angustia moderna, debida esencialmente al hecho mecánico de la prisa —prisa para llegar pronto a otros lugares y para realizar pronto las ambiciones—, no puede compararse con la angustia trascendente y creadora de los que sufrían poniendo su meta en la propia perfección o en un ideal extrahumano.

#### RITMO CLÁSICO EN LA CULTURA

Aceptemos los hechos. Las formas de la vida, hasta las más elementales y gratas, se acortan, pues, para dilatar la eficacia y la duración temporal de nuestro paso por la tierra. Pero es curioso observar que todavía algunas de esas formas de la vida conservan tenazmente su ritmo clásico, y entre ellas, las actividades pedagógicas.

Todo se ha abreviado en el mundo, menos los planes de enseñanza, menos la extensión de los libros de texto, menos la duración de las clases y de las conferencias.

Se me dirá que ello es consecuencia lógica del formidable aumento del saber humano. Pero no es verdad. La suma de sabiduría que debe infundir la Universidad en cada hombre es aproximadamente la misma hoy que en tiempo de las Universidades de la Edad Media y del Renacimiento. Cada hombre debe aprender esa suma estricta de conocimientos básicos, y, además, su oficio, en el más amplio sentido; el cual oficio, en realidad, sólo lo enseña bien la vida.

Por no darse cuenta de esto, por no querer reducir la enseñanza a un esquema elemental de conocimientos y a la formación de una vocación, es por lo que la Universidad, en todo el mundo, se ha convertido en un ciempiés, en un laberinto sin salida. Se multiplican las cátedras, y los laboratorios, y los maestros; se construyen y se ponen en marcha descomunales ciudades universitarias. Se toman medidas, atentatorias para el progreso humano, de limitación en el acceso a los centros de enseñanza. Todo esto es inútil. Y, sobre todo, es inútil la limitación del ingreso en la Universidad; y reitero que es atentatoria al progreso humano, porque en esos exámenes de filtración previa, ya se hagan con el criterio del dómine arbitrario y riguroso—el rigor es siempre

arbitrario—; ya se hagan con la delicadeza aparente de las pruebas psicológicas, de todos modos corren siempre el peligro de eliminar a los espíritus geniales, muchas veces de vocación tardía y casi siempre incapaces de amoldarse a las pruebas estandarizadas, lo mismo a las malas que a las buenas, que nunca son buenas del todo. En la desaparición progresiva de los hombres geniales, que es otra de las características del tiempo actual, intervienen gran cantidad de factores; pero acaso el más grave sea la criba insensata de la admisión en los estudios oficiales mediante exámenes, siempre funestos.

#### FUNCIÓN DE LA UNIVERSIDAD

La función de las Universidades es la orientación del estudiante, la orientación pedagógica, física y moral; y puede conseguirse eficazmente, cualquiera que sea el número de los alumnos. Lo que no puede hacerse es enseñar a miles de estudiantes todo lo que se sabe en cada disciplina del saber. Pero esto tampoco se enseña nunca, por pocos que sean los estudiantes y por bien dotadas que estén las escuelas. Los que lo ponen en duda, pregúntense a sí mismos cuando han logrado la madurez y alcanzado la plenitud de su destino, pregúntense a sí mismos, qué es lo que debe a los estudios oficiales el repertorio de sus conocimientos actuales, el que les ha servido para triunfar. Si tuvieron la suerte de tener algún maestro de verdad, recordarán que les deben una orientación espiritual, una indicación o un gesto de los que se graban para siempre y nos marcan el camino. Pero los datos concretos, los que se exigen en los exámenes, no cuentan casi para nada en la formación definitiva; entre otras razones, porque el saber es por esencia renovación y rectificación. De donde resulta que el peligro más grave de muchos de los que pasan por buenos profesores es grabar definitivamente las nociones en la mente de los discípulos, enseñándoles a macha martillo las cosas, e inutilizándolos para la egregia capacidad de dudar y de renovarse. Estos, en apariencia grandes maestros, crean unos discípulos orondos en datos, pero ineficaces para la creación: exactamente comparables a los eunucos.

Divago un poco, como siempre que toco este tema, que quizá sea hoy el que más me apasiona; porque creo que el problema de la Universidad es el más arduo que se plantea en el mundo. Volvamos a nuestro argumento.

La pedagogía, decíamos, no sigue este ritmo de abreviatura

eficaz que sigue la vida entera. Y he pretendido demostrar que el compendiar la enseñanza no sólo es incompatible con el 'aumento de los conocimientos humanos, sino que es el único modo de hacer frente a esa fabulosa complicación de la ciencia. A medida que una disciplina se complica, el profesor debe simplificarla. En lugar de los lectores de las cátedras antiguas, que divagaban dos o tres horas, y no exagero, sobre cualquier tiquis miquis dialéctico, el maestro actual debe reducir a su quinta esencia cada problema y presentarlo desnudo, escueto, en el menor tiempo posible. Yo he conocido todavía el tiempo en que el bedel del Instituto o de la Universidad daba al catedrático la hora; lo cual quería decir que la ciencia se administraba cortándola en trozos de tiempo, como un salchichón. El maestro actual debe dar su lección en el tiempo que sea, pero siempre en el menos posible. Y después conversar y vivir con sus discípulos, aunque no les hable de ciencia. Lo que yo no he olvidado de mis tiempos universitarios ha sido la plática con los maestros, a los que acompañaba fuera de la cátedra para recibir de ellos un consejo o una aclaración; o, simplemente, si era un maestro auténtico, para aprender de ellos el modo de ser y el de vivir.

#### LOS PELIGROS DE LA CONFERENCIA

La conferencia...; la conferencia es una fórmula extraoficial, por lo común, de la pedagogía. Muy útil, pero muy peligrosa. Es útil, porque representa o debe representar la libertad frente al esquema burocrático de la enseñanza. Es peligrosa, porque supone una hipertrofia de la personalidad del conferenciante, y esta hipertrofia, que puede dar lugar a un espectáculo agradable, menoscaba siempre la utilidad de la lección.

El conferenciante, en el noventa por ciento de los casos, aspira ante todo a "quedar bien". Le inducen a ello el público desconocido y vario y la ocasión solemne; a diferencia del catedrático, que, por engreído que sea, acaba dejándose domesticar por la costumbre. Ahora bien: todo lo que supone éxito personal en el conferenciante representa una pura pérdida para la eficacia de la conferencia. Ya sé que hay conferenciantes excepcionales que unen la brillantez a la exactitud rigurosa de los hechos. El ideal es que el conferenciante quede oscurecido por el tema. Por eso, a medida que son más estrepitosos los aplausos del público, son más escasos los oyentes que se han enterado de lo que se ha dicho en la sala.

He hecho muchas veces esta experiencia. Todavía, hace pocas semanas, asistí a la conferencia de un maestro que habló en un francés titubeante—porque no era su lengua—y que tardó poco más de media hora en exponer un problema difícil. Pues bien, ni uno solo de los oyentes a quienes exploré a la salida, o en los días siguientes, había dejado de penetrar y de comprender, de cabo a rabo, la difícil demostración.

Yo quería razonar y disculpar con esto que mi conferencia de hoy iba a ser muy breve y que su eficacia, ya que no de otros méritos, dependería de su brevedad. Pero he gastado mucho de mi tiempo en demostrarlo. Y tengo que dedicar menos del que debiera a Méjico y a España. En realidad, no hace falta que me detenga mucho. Cuando se habla en público de dos pueblos amigos lo esencial es el amor, que no se cuenta por palabras. Yo he venido aquí por amor a Méjico y sólo mi presencia da todo su sentido a este acto, aunque haya perdido algún tiempo en hacer el elogio de la sobriedad pedagógica, que, ciertamente, a todos no nos viene mal.

#### INFLUENCIA DE MÉJICO EN ESPAÑA

La influencia del gran pensamiento mejicano sobre España no la puedo tratar en general. Me falta competencia y autoridad para hacerlo. Quiero sólo hablar de esta influencia a través de los recuerdos de un español cualquiera, como lo soy yo. Yo no he visitado Méjico. He ido aplazando este viaje tan deseado para cuando tuviera más tiempo que aquel de que me ha sido lícito disponer en mis años de gran actividad viajera. Me daba cuenta de que Méjico no se puede visitar en unos días. Sin embargo, algún día iré, aunque sea con prisa. Yo he hecho en otra parte el elogio de lo que suele llamarse el *viajero superficial*, el que no pretende compenetrarse con la vida total del país que visita, sino el que sólo lo ve al pasar y lo juzga con arreglo a lo que ha podido ver. Tengo, en efecto, la convicción de que, en contra de lo que suele decirse, lo hondamente diferencial de los pueblos es lo que se ve con los ojos vírgenes del que llega y no con los ojos distraídos del que está. Los pueblos, es cierto, tienen sus secretos, sus simas recónditas; y hay que bajar a ellas para conocerlos del todo. Hace poco he escrito, en alguna parte, que la Mancha es la Mancha porque debajo de ella hay una cueva de Montesinos; y que Don Quijote creó la Mancha y nos enseñó a

todos a verla para siempre, tal como es, distinta de todas las llanuras que parecen iguales a ella, cuando bajó a la cueva de Montesinos. Pero el bajar a las cuevas de Montesinos que tienen todos los países es una aventura que puede lograrse sin bajar propiamente a la cueva, sino soñando que se ha bajado. Don Quijote soñó todo lo que había dentro de ella y, soñándola, la creó para la inmortalidad. Por tanto, con un viaje rápido por Méjico y con soñar en sus grutas de Montesinos, yo hubiera podido conocer entrañablemente a la gran nación. No he logrado realizar mi sueño de poner el pie en tierra mejicana. Sin embargo, he bajado a sus simas y a sus misterios desde aquí, soñándolos, y esto me permite hablar de mi Méjico; y le llamo mío porque las cosas son tanto más nuestras cuanto hay en su conocimiento más sueño y menos realidad.

#### CUATRO GRANDES MEJICANOS EN ESPAÑA

Mi generación y las próximas fueron muy influídas en el conocimiento de la literatura y el arte mejicano, y, por tanto, del alma mejicana—de sus cuevas de Montesinos—, por cuatro hombres extraordinarios, compatriotas vuestros, que el azar reunió, incorporándolos durante algún tiempo a la vida española, precisamente en las horas fecundas de la formación de la generación mía, la que yo he llamado *interbética*, porque se gestó entre la primera y la segunda guerra europea; y por interbética, crítica; con errores y con virtudes que todavía no se pueden computar; pero, desde luego, con más virtudes que errores; o, si queréis, con más densidad en las virtudes, porque éstas fueron no sólo espontáneas, sino creadas a contra corriente del medio; que nos inducía al error.

#### LA PRESENCIA DE ALFONSO REYES

El primero de estos mejicanos ilustres fué Alfonso Reyes, el más universal de los mejicanos de pura cepa, que no sólo realizó la doble obra de mejicanista en España y de hispanista en Méjico, sino la de hispanista para los mismos españoles en sus ediciones eruditas de los clásicos castellanos; y presumo que también habrá sido mejicanista en Méjico. Alfonso Reyes ha sabido unir a sus virtudes raciales, tan hondas, un sentido clásico, remoto y alec-



cionador. Es curioso que muchos americanos, entre ellos Rubén Darío, tienen una relación con Grecia más directa que la de los europeos. La prosa de Reyes es siempre un ejemplar como su pensamiento. España tiene una deuda pendiente con él; pero las deudas espirituales se empiezan a pagar con sólo recordarlas.

#### JOSÉ VASCONCELOS

José Vasconcelos tuvo también una gran parte en la visión mejicana de nuestra generación. Yo leí, poco después de su publicación, sus *Estudios indostánicos*, en las horas de descanso de las tareas del hospital, y su admirable *Historia de México* y muchos de sus *Ensayos* de rara variedad, clarívidentemente centrados, siempre, en el punto esencial de cada problema. Nos entusiasmaban su pasión y su estilo, a mí particularmente; porque la que él llama prosa oratoria, la suya, no es el estilo ampuloso de las arengas o de los antiguos sermones, sino la prosa que se escribe pensando que lo que se está escribiendo se podría leer en voz alta para que lo escuchasen los demás. Lejos de ser ampuloso, el llamado estilo oratorio, es un estilo natural, pero animado de la vivacidad de lo que se dice en alta voz. Y por eso llega, por la vía directa, al lugar donde se fragua la emoción del oyente. Ortega y Gasset escribía también así; y por eso tuvo y tiene tanto arraigo su prosa; y tantos imitadores, entre los cuales se cuentan varios de los que le censuran. Menéndez Pelayo y Cánovas del Castillo fueron, asimismo, escritores oratorios, y por eso escribieron tan bien. El castellano de Vasconcelos es ejemplar y contagia su excelencia al que lo lee y escribe después. Vivió en España antes de la guerra e influyó, más de lo que él suponía, en los que le conocieron; aún sigue aleccionándolos. Su sinceridad, a veces dramática, es impresionante. Una vez ha escrito esto que tantos hombres justos han podido decir también, con su mismo dolor: "En épocas angustiosas de la Historia (de mi país) fui parte a que se levantaran esperanzas que únicamente produjeron crímenes."

#### AMADO NERVO

El tercer gran mejicano que tuvo contacto directo con nosotros fué el gran poeta Amado Nervo, que ejerció, oscuramente, sus actividades diplomáticas y, soberanamente, sus actividades de poeta,

en la misma época interbética, hasta 1918. Yo le conocí en casa de Sorolla, el pintor inmortal, con Blasco Ibáñez y, no rara vez, con Rubén Darío, y aún recuerdo con emoción sus versos recitados por él, como si los oyera todavía. Ya sé que Amado Nervo no es ahora admirado sin distingos por muchos de los críticos modernos de su país y del nuestro. Pero fué un excelso poeta, digan lo que quieran los críticos, que muchas veces se pueden equivocar y se equivocan, y de un modo especial cuando juzgan a los poetas. El que no se equivoca nunca es el hombre o la mujer de la calle que aprende los versos del poeta y solamente de los poetas que lo son en verdad. La Poesía es el género literario que se renueva con más intensidad, con más violencia. Pero no se arrincona todo lo que ha pasado. Hay un gran olimpo de versos desterrados que siguen reinando en el corazón del pueblo. La señal de que la poesía es buena, la señal infalible, es que la adopten las gentes para expresar sus propios sentimientos. El gran poeta es el que acierta a definir con palabras tersas, breves y bellas lo que nosotros sólo acertábamos a balbucir.

Y así, nosotros, aprendimos en los versos de Amado Nervo a decir muchas cosas que hasta entonces eran sólo vagos presentimientos. Tiene Amado Nervo buenos valedores en algunos de los grandes críticos de su país, entre ellos Alfonso Reyes; y, últimamente, he leído estudios de jóvenes, hijos o hermanos de los que negaron al gran poeta el pan y la sal, que ahora le alaban; o por lo menos, con la falta de generosidad propia de la juventud, le perdonan la vida. Y digo esto de la juventud porque sólo se empieza a ser generoso de verdad cuando blanquean las sienes. Mas piénsese lo que se quiera, ahora y mañana, Amado Nervo está en la línea de los más grandes poetas castellanos. ¡Cómo nos ayudó a conocer a Méjico y al alma mejicana!

FRANCISCO DE ICAZA

Completaba la representación mejicana de entonces otro poeta admirable y delicado, erudito singular y polemista acérrimo, don Francisco de Icaza, embajador de su país en Europa, pero sobre todo en Madrid, que acabó siendo una entrañable segunda patria suya. Traté mucho a este gran escritor en su casa, en la Cuesta de Santo Domingo, adonde acudía como médico y como amigo; y en alguna parte he referido la sorprendente diligencia y agudeza de su espíritu, aun en las horas más graves de su enfermedad. Me

cupo el honor de prologar uno de los volúmenes de sus *Obras Completas*.

Icaza defendió generosamente la obra de los poetas y escritores mejicanos de su tiempo: Caso, Gómez Morín, Castro Leal, Olea y otros; continuadores de la gran pléyade humanística del Méjico moderno, iniciada ya en los últimos años de la colonia.

#### EL RECUERDO DE JUANA INÉS DE LA CRUZ

Estos grandes mejicanos, que el azar reunió en España, en aquellos años decisivos, pusieron una emoción humana en la visión que teníamos de su patria, y nos incitaron a conocerla y a amarla. Toda la vida espiritual de la Nueva España se nos hizo familiar. Recuerdo unos años de entusiasmo por la obra, y sobre todo por la persona, de sor Juana Inés de la Cruz, que nos pareció, y aún nos sigue pareciendo, una de las mujeres más interesantes que la Humanidad ha creado. Como poetisa, creo que se parece mucho más a Garcilaso que a Góngora. No tengo por qué inmiscuirme en la crítica literaria; pero digo esto por amor a sor Juana, que gana más con la compañía de Garcilaso que con la de Góngora.

Un insigne profesor de San Carlos, el doctor Pittaluga, era en nuestro grupo el propugnador más ferviente de la gran mujer. Y como por entonces hiciera yo mi entrada en la Real Academia de Medicina, quiso Pittaluga, que contestó a mi discurso, dejar consignado en el suyo un verso de nuestro ídolo común, aquel que dice: "*Cuando tu voz sonora — herirá mis oídos delicada...*" Los dos discursos, el de Pittaluga y el mío, versaban sobre las secreciones internas y, entre ellas, se colocó a sor Juana sin venir a cuento; pero no sin una cierta razón, como les ocurre a la mayor parte de las cosas que no vienen a cuento; porque el entusiasmo por la ciencia, inevitablemente precedera y renovada, necesita del salvavidas de una voz eterna, y eterna es la de sor Juana Inés de la Cruz.

La buena semilla del amor a Méjico se renovaba, después, constantemente, a pesar de que los libros escritos en China lleguen a España con menos dificultad que los de América, lo mismo si hay piques entre los Gobiernos que si no los hay. Pero en la relación entre los dos países lo suplía todo, y lo suple, el continuo ir y venir de españoles que han hecho nueva patria, extensión de la patria española, en la Nueva España. El "indiano" de Méjico es,

sin excepción, un entusiasta de su país de adopción, y nos comunica a todos su entusiasmo.

Mas, en los últimos tiempos, dos nuevos motivos de acercamiento y de compenetración se han realizado entre los dos pueblos: la llegada de los estudiantes mejicanos que profesan en las Universidades españolas; y los españoles que, alejados de España por cuestiones políticas, han reanudado su vida y su actividad intelectual en Méjico.

#### Y AHORA, LA PRESENCIA DE LAS NUEVAS GENERACIONES

De vosotros, de los estudiantes mejicanos, ¿qué voy a decir? Nunca agradeceremos bastante al Instituto de Cultura Hispánica y a sus hombres el haber creado esta noble emigración de la juventud americana hacia nuestro país. Yo puedo decir que esta etapa de mi vida universitaria ha sido la más deliciosa, al verme rodeado de los estudiantes de otros continentes mezclados con los nuestros. Todo es pura ganancia en esta obra de compenetración. Si estuvieran mal elegidos los escolares americanos—y no lo están—sería lo mismo. Si las enseñanzas que podemos ofrecerles no fueran suficientes, el resultado sería casi igual. Si no existiera la fraternidad que existe entre la juventud de aquí y la de allá, tampoco dejaría por eso, la experiencia, de ser eficaz.

Los escolares, los universitarios que vienen de América, echan su ancla en el corazón de España y es lo mismo que les vaya muy bien o que no les vaya bien del todo. Hablaba yo antes de que los maestros deben enseñar antes que cosas, antes que datos, modos de vida. Y esto es lo que cae y germina como una semilla buena en los jóvenes americanos. Ya no son los maestros, sino la Universidad, el ente Universidad, el que da la suprema lección de modos de vida en común, en cordial amistad, que equivale a la liquidación de los errores que pudiera haber y de los resentimientos que casi siempre ha habido. Y a su sustitución por una realidad viva de España y de la humanidad española, tal como es, con sus virtudes y sus defectos, igualmente entrañable; con su autenticidad, que no está escrita en las apologías ni en las diatribas apasionadas, y que es la única fuente de la verdadera amistad.

Y la misma lección provechosa recibe el joven español de los escolares americanos. Somos, ellos y nosotros, no seres perfectos, sino hombres y mujeres que unas veces se entienden y que otras no se llegan a entender. Pero quedará siempre en el fondo del

alma, en ambos, la huella de estos años de formación, que vivieron a medias y que el tiempo, inexorablemente, convertirá en agri-dulce nostalgia.

\* \* \*

Esta gratísima conversación con vosotros, estudiantes mejicanos, que ha comenzado con un alegato de la sobriedad y que ha sido más larga de lo que quisiera, va a terminar con un augurio feliz. En el mes de abril vendrán los académicos de la Lengua de Méjico y los de las otras Academias americanas a vivir unos días, en Madrid, en la casa solariega de nuestra Corporación.

La Academia Mejicana ha sido la iniciadora y el alma de esta reunión, que tiene significado trascendente porque, por primera vez, se utiliza y se glorifica el lazo de unión imperecedero e indiscutible que nos une a los americanos y a los españoles: el idioma en el que todos hemos aprendido a soñar, a rezar, a amar, a crear y, en suma, a vivir.

El augurio que os hago es, pues, que esta reunión señalará una fecha definitiva en la historia de convivencia entre los países que hablan el castellano. Porque la lengua, el idioma, es como el árbol patricio a cuya sombra se reúnen los hermanos dispersos cuando vuelven cansados de la batalla por la vida y de los espejismos de la política fugaz.

Gregorio Marañón.  
Castellana, 59, dpdo.  
MADRID.

